

más palpable de que, tras un período de cierto distanciamiento, los vínculos entre la Monarquía Hispánica y la república eran todavía muy estrechos. Cabría preguntarse si, frente a lo que señala Kirk, el desplazamiento de estas pequeñas repúblicas urbanas no se debía tanto a su incapacidad para competir con las potentes estructuras dinásticas con las que habían establecido fructíferas vías de colaboración, sino más bien a la aparición a finales del siglo XVII de modelos

gubernamentales más cohesionados que como el francés y el británico acabaron por imponerse a otros sistemas políticos más fragmentados y descentralizados que, como el representado por las Provincias Unidas o por la Monarquía Hispánica, se habían mostrado hasta entonces como los más eficaces. Este libro es, en suma, una pieza central en el renovado interés por el estudio de las repúblicas mercantiles europeas durante la Edad Moderna.

Manuel Herrero Sánchez

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla

MAFFI, Davide: Il baluardo della corona. Guerra, esercito, finanze e società nella Lombardia seicentesca (1630-1660). Florencia, Le Monnier, 2007, 468 págs., ISBN: 978-88-00-20660-0.

Sin duda, en el último cuarto de siglo hemos asistido tanto en España como en Italia a una revalorización de los estudios sobre la guerra. De la Historia de la Guerra. Tras la estela de historiadores franceses y británicos, si bien con algunos precedentes italianos, como sería el caso de Piero Pieri, los historiadores españoles y transalpinos hemos ido haciéndonos con la metodología apropiada, para encarar la fascinante labor de dilucidar cómo afrontaron los diversos territorios que componían la Monarquía Hispánica la tarea de adecuar las viejas estructuras militares, herederas de la Edad Media, a las novedades sin fin que se fueron produciendo a partir de los siglos XIV y XV. Es decir, cómo cada territorio supo, o pudo, ponerse al día en aquello que Michael Roberts bautizó en su momento como «Revolución Militar».

Desde hace algunos años, historiadores como M. Rizzo, G. Signorotto, A. Álvarez-Ossorio o Ch. Storrs se han venido ocupando de la evolución política y militar de la Lombardía en el transcurso de los siglos XVI y XVII. El libro de Davide Maffi es, sin duda, una gran aportación tanto por el volumen de documentación, rica y variada, utilizada, como por su orientación metodológica e historiográfica.

A nadie se le escapa la importancia capital de Milán en la estrategia imperial de la Monarquía de los Austrias; además, cabe señalar que la presencia militar hizo de dicha plaza «...la sede del secondo esercito della corona...» a fines del siglo XVI e inicios del siglo XVII. Desde ese momento, la entrada de la Monarquía Hispánica en la guerra de los Treinta Años sólo revitalizaría

aún más la importancia estratégica de tan importante enclave. Así, en la primera parte de la obra, en palabras del autor, «si sono analizzati gli avvenimenti legati all'andamento delle operazioni militari, cercando sottolineare le differenze di vedute tra il potere centrale a Madrid (...) e gli alti comandi locali, tutto'altro che rassegnati a veder scadere la Lombardia a rango di fronte secondario». (pág. 4) Frente secundario, quizá, dentro del conjunto de la guerra de los Treinta Años, pero frente muy importante durante el transcurso del duelo franco-hispano de 1648 hasta la Paz de los Pirineos. En realidad, tanto Flandes como Cataluña, aparte de Milán, que si tenían algo en común era el interés de todos y cada uno de dichos territorios para Francia, de alguna forma pudieron soportar la presión gala en los años finales del reinado de Felipe IV gracias al hecho, precisamente, de que los franceses podían obtener ventaja en cualquiera de dichos frentes, y por ello atacaron en todos. Así, sus victorias, que existieron, también fueron parciales en el norte de Europa, en el norte de Italia y en el norte de Cataluña. O dicho con otras palabras, en la segunda mitad de la década de 1650, cuando la Francia de Mazzarino incluso contó con el apoyo militar de la Inglaterra de Cromwell, si la Monarquía Hispánica no perdió Milán, o Cataluña, o Flandes en su totalidad, fue porque Francia atacó en todos los frentes y no en uno sólo de ellos. ¿Hubiera tenido capacidad suficiente de reacción la Monarquía Hispánica como para salvar uno sólo de dichos territorios de un decidido ataque francés? Creemos que no, a menos que contara con el apoyo de otras potencias, además del Imperio, y ello sólo ocurriría a partir

de la década de 1670. Davide Maffi, en cualquier caso, se alinea con otros autores, como Ch. Storrs o L. Ribot, que matizan la decadencia militar de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII.

La segunda parte de la obra está integrada por los capítulos dos a cuatro, dedicados a la composición, estructura y organización del ejército de Milán, así como a las tentativas de reforma del mismo. El ejército de Milán, que alcanzó los 41.000 hombres en 1639, ciertamente a partir de 1640, y hasta el final de la guerra contra Francia se movió en el entorno de los 20.000 hombres, pero seguía siendo una fuerza importante. Obviamente, la necesidad de defender Cataluña obligó a Felipe IV a enviar numerosas tropas italianas al Principado. Como en el caso del ejército de Cataluña en la segunda mitad del siglo XVII, el tercio fue variando el número de sus efectivos, pasando de los clásicos tres mil hombres a apenas quinientos, mientras que la compañía, que solía constar de 250 efectivos (pues el tercio de tres mil hombres se subdividía en doce compañías), apenas terminó alcanzando los cincuenta hombres. El problema en el caso del ejército de Milán es que el número de oficiales del tercio no se redujo consecuentemente, de modo que en el caso lombardo, a finales de la guerra contra Francia, para un total de 9.359 soldados de infantería existían nada menos que 2.705 oficiales. (pág. 83) Sin duda, los salarios de estos últimos encarecían el mantenimiento del ejército, pero ¿acaso no eran ellos los auténticos soldados profesionales? Por otro lado, la excelente investigación de Maffi ha demostrado la progresiva «italianización» del ejército de Milán: de los 12.283 españoles que servían en él en

1640 se pasó a apenas 2.384 en 1658 (pág. 96). Es más, los napolitanos también fueron usualmente enviados a servir al frente catalán. Por ello, la necesidad de contar con tropas mercenarias alemanas y suizas, aunque caras, fue importante, sobre todo para evitar que, a su vez, las reclutara Francia. La conclusión, obvia, es que el esfuerzo de guerra recayó cada vez más sobre los lombardos, y de ahí la importancia, como en Castilla, pero también en los reinos que conformaban la corona de Aragón, de contar en la Lombardía con una Milicia del Reino, instituida en Milán en 1615 como un «ejército de reserva» pagado por la provincia.

Excelentes son las páginas que Maffi dedica a desentrañar las razones de fondo en la promoción de los oficiales del ejército de Milán que, en el caso de los hispanos, fue claramente el patronazgo del capitán general y la pertenencia a la nobleza, por encima de las trayectorias profesionales de los oficiales de carrera con los méritos suficientes, si bien tener una cierta capacidad para lo militar, o una clara disposición por las armas, y la adscripción a la nobleza tampoco estaba reñido. Por otro lado, Maffi observa que en el ejército de Milán la situación era diferente al de Flandes, donde la alta oficialidad estaba copada por la nobleza hispana. En cuanto a los oficiales de los tercios reclutados en el territorio milanés, la amplia mayoría pertenecía a la aristocracia de la tierra, exactamente igual a lo acontecido con los tercios reclutados en los reinos de la corona de Aragón durante el reinado de Carlos II, analizados por nosotros mismos. Como en Cataluña, por ejemplo, numerosas familias de la nobleza milanese hicieron de la guerra, es decir, de servir al rey en

la guerra, su auténtica profesión. En realidad, tampoco debería extrañarnos esa vuelta al origen, sobre todo en momentos de crisis. Quizá la única crítica que se le podría hacer a nuestro autor es el uso de un número excesivo de ejemplos para ilustrar cada caso o circunstancia, los cuales lastran el trabajo de una, por otro lado, excelente pluma. Con todo, sí que el autor hace una más que adecuada utilización de abundantes tablas ilustrativas de los contenidos que desarrolla.

Igualmente notable es el capítulo dedicado a los conflictos internos de un ejército saturado, como los demás de la Monarquía Hispánica, por muchos cargos otorgados *ad interim*, así como las habituales pugnas entre la alta y la baja oficialidad; entre la oficialidad de las diversas naciones presentes, que a veces dieron lugar, en plena campaña, a situaciones lamentables que el enemigo, de haberlas aprovechado, hubiese podido causar estragos; así como las tentativas de reducir el número de los oficiales de un ejército sobredimensionado en cuanto al número de tercios y compañías. Por ejemplo, Maffi señala cómo en 1636 los 27.000 hombres del ejército de Milán se repartían entre 285 compañías; en cambio, en 1644, con 23.000 efectivos, ya eran 416 las compañías existentes, y aún en 1651, tras notables tentativas para atajar el problema, los 19.000 soldados del ejército se repartían en 263 compañías (pág. 228). De alguna forma se podría decir, a partir del ejemplo milanés que Maffi ha analizado, que si bien el ejército era del rey, la estructura interna de la institución militar, el funcionamiento de la institución en definitiva, estaba en manos de la alta oficialidad en tanto en cuanto eran ellos, y

nadie más, quienes dirigían, casi siempre con el beneplácito de los poderes locales, los destinos de la maquinaria bélica.

La tercera parte de la obra está dedicada a las relaciones entre los militares y la sociedad civil. Sin duda, la cuestión de los alojamientos de tropas fue un flagelo en Italia, lo mismo que lo fue en España, Alemania, Francia o Flandes. Maffi se afana en señalar los principales abusos de las tropas y sus causas, así como las coléricas respuestas, con razón, de los civiles. La búsqueda de soluciones por parte de la Monarquía, que en el caso milanés desarrolló en 1638 una comisión mixta, civil y militar, presidida por un canciller, no encontró las soluciones necesarias, ya que debían pasar inevitablemente por una reducción de las cargas impuestas, cuando, precisamente, se llegaba a un momento en el que la Monarquía tenía multitud de frentes abiertos y dependía más que nunca del esfuerzo de guerra de cada uno de los territorios. En cualquier caso, con la lectura de la obra de Maffi podemos comprobar cómo, ante situaciones parecidas, las respuestas que se dieron en diversos lugares (Cataluña, Extremadura) fueron muy semejantes. Sería necesario trabajar más profundamente, y desde una perspectiva comparada, las diferentes tradiciones en cuanto a cómo afrontar el problema de los alojamientos de tropas en la Europa de la Edad Moderna.

La última parte de la obra —capítulos sexto y séptimo— está dedicada a las finanzas de la guerra. Por un lado, el autor demuestra claramente cómo el

ejército de Milán recibiría una cantidad inferior de dinero con relación a Flandes o Cataluña (desde 1640), sólo que, desde 1643, dicha cantidad cayó en picado. A pesar del uso de préstamos y la aplicación de nuevas imposiciones fiscales en una época, además, de crisis económica, el déficit del ejército milanés fue creciendo y, lo peor, hubo años, como 1649, en los que las tropas no cobraron nada. La presión sobre los civiles sólo podía ser terrible. Las remesas enviadas desde España o desde Nápoles no pudieron, desde los años cuarenta, salvar la situación, de modo que los gobernantes milaneses, una vez que se abandonó parcialmente la vía de las contribuciones forzosas, recurrieron a «...i prestiti e l'alienazioni delle rendite regie, oltre alla vendita dei feudi o di altri beni». (pág. 355) Y como tales expedientes no fueron suficientes, desde la década de 1640 durante el invierno el país tuvo que mantener las tropas. Poco a poco, servicios de los que antes se hacía cargo la Real Tesorería, como el tren de la artillería o la remonta de la caballería, fueron recayendo, también, en las espaldas de los contribuyentes del Milanésado. El resultado de todo ello, según estimas realizadas en la época, fue que la Lombardía había contribuido entre 1610 y 1650 con mil quinientos millones de liras, de los cuales trescientos se habían empleado en el socorro de los soldados. (pág. 381) Es decir, que como cualquier otra sociedad de la Época Moderna, también la vida política y económica milanesa tuvo en el mantenimiento del ejército uno de sus principales cometidos.

Antonio Espino López

Universitat Autònoma de Barcelona